



María Magdalena en las narraciones evangélicas¹

Carmen Lanao, O.P.

La figura de María Magdalena aparece en los cuatro relatos evangélicos y, salvo en Lc 8,1, en todos los demás casos es nombrada en el contexto de la muerte y resurrección del Señor. De estos relatos se deduce que al nombrarla en el momento definitivo, la comunidad la reconoce como alguien que ha estado muy cerca del Señor y ocupa un lugar importante entre sus amigos y testigos. El Señor Resucitado se le ha manifestado a ella y así la ha hecho testigo. La ha enviado para continuar su tarea evangelizadora dando testimonio, con la autoridad que le da la cercanía y la relación de profunda amistad que la mantuvo vinculada a Jesús. Los evangelistas no dejan lugar a dudas sobre la presencia de María Magdalena junto a la cruz del Señor y sobre su calidad de testigo directo del Resucitado. Según los relatos evangélicos, el puesto que el Señor había otorgado a María Magdalena no dejó de provocar la resistencia de los discípulos, que se negaron a creer. María Magdalena es una discípula muy especial. Ella misma es un signo de la llegada del Reino. De ella *ha expulsado siete demonios* (Lc 8,2). Sabemos que el número siete tenía un significado de totalidad. He experimentado una liberación radical. Al hacer suya la causa del Reino es incluida entre los discípulos y camino con ellos junto a Jesús. Los verbos *seguir* y *acompañar*, tal como figura en los tres evangelistas, tienen una connotación de adhesión personal y seguimiento.

Los tres sinópticos hablan de la presencia de aquel grupo de mujeres en todo el recorrido de Jesús desde Galilea hasta Jerusalén. Los tres evangelistas reconocen a este grupo de mujeres su condición de discípulas, puesto que seguían a Jesús junto con los doce. María Magdalena aparece en las listas siempre en primer lugar. Es una discípula que se mantiene fiel hasta el final. San embargo, el título de discípulas no aparece en ninguno de los evangelios canónicos. Sólo el evangelio de Felipe les da el título de discípulas a las mujeres y se trata de un texto no canónico.

Marcos indica que *habían subido con él a Jerusalén* (15,40). Parece que quiere señalar que estas mujeres han vencido el miedo de los discípulos (10,32) ante la perspectiva de dirigirse a Jerusalén. Para ello, presenta a las mujeres como *“encarnación perfecta del discipulado. Lo que no han logrado hacer los doce lo deben hacer ellas”*. En estrecha relación con la muerte de Jesús se ponen dos fenómenos igualmente sorprendentes: la confesión del Hijo de Dios por un gentil y la permanencia como testigo de aquellas discípulas, seguidoras desde el principio. Hay aquí una insistencia en la apertura sin límites del mensaje de Jesús y en la inversión de valores que constituye el Reino. Igual que las demás mujeres, María Magdalena también está incluida en la cita en Galilea. Galilea es un símbolo teológico en Marcos. Es el símbolo de la misión, el lugar donde las expectativas normales se truecan por las del Reino. Pedro aparece nombrado personalmente, significando al discípulo que ha fallado pero que Jesús vuelve a llamar y animar; paradójicamente, por medio de aquella mujer y sus compañeras.

Por otra parte, el silencio de las mujeres en Mc 16,8 es interpretado por muchos exégetas como una llamada de atención de Marcos, *“un aviso a los oyentes del peligro de no ser fieles al mandato del Resucitado de ser sus testigos. El peligro de no asumir hasta el final las consecuencias de ser portadores de su mensaje”*. La situación de estas mujeres que han permanecido fieles pero ahora parece que se dejan vencer por el temor llama a la vigilancia. Marcos deja abierto el camino que cada uno de nosotros tenemos que completar como discípulos.

Mateo, al igual que Marcos, presenta a María Magdalena por primera vez como testigo de la muerte de Jesús. Pero en Mateo encontramos un nuevo significado teológico. Su contexto es la comunidad judía. Habla en referencia al AT y en el marco de la Historia de la Salvación. Las mujeres son incluidas como colaboradoras en la Historia de la Salvación pero con un nuevo significado. Desde el comienzo del evangelio son nombradas en la genealogía. Al final, vuelven a asomar junto a Jesús en el calvario y en el sepulcro. María Magdalena forma parte de ese grupo formado por gentiles y mujeres excluidos en la antigua Alianza y que ahora son los primeros testigos del cambio que supone el Reino. María Magdalena es descrita como testigo implicado en los acontecimientos que están sucediendo y que van a suceder. Es una figura más destacada que en Marcos al aparecer como personaje principal.

Se deduce que para la comunidad de Mateo los gentiles y las mujeres seguramente suponían un problema.

Su inclusión en el evangelio chocaba con el judaísmo. Mateo presenta a María Magdalena como la discípula de primera hora, implicada totalmente en el seguimiento, en el mensaje de Jesús y en su transmisión. Es presentada en su doble dimensión: como figura histórica, discípula de Jesús en su vida mortal y, en su dimensión eclesial, como paradigma para los cristianos de aquella comunidad y los de todos los tiempos.

Lucas es el único evangelista que nombra a María Magdalena antes de los relatos de pasión y resurrección. En el sumario Lc 8,1ss introduce unas mujeres como grupo de discípulas que se preparan para acompañar a Jesús a Jerusalén. También en otro texto (24,6), Lucas deja entender que las mujeres eran discípulas. Nos presenta a dos varones con vestidos resplandecientes que se dirigen a ellas y les piden que “recuerden”: *Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea*. Si pueden recordar, es que ha habido una experiencia de relación de discipulado vivida anteriormente. La escena confirma la presencia de María Magdalena entre el grupo de discípulos que había estado con él desde la predicación de Galilea.

Es sorprendente que Lucas evite toda manifestación explícita del Resucitado a las mujeres cuando las ha reconocido en su papel de discípulas en los textos precedentes. Muchos exégetas atribuyen la omisión de apariciones a las mujeres, en el relato de Lucas, a las dificultades del entorno cultural de la comunidad lucana para aceptar las numerosas innovaciones del evangelio. En concreto, en un contexto tan patriarcal, admitir el papel que para Jesús tiene la mujer y el protagonismo que le concede en el anuncio del Reino tenía que resultar imposible. La exégesis considera que reconocer a las mujeres explícitamente como primeras testigos hubiera eliminado toda posible credibilidad al hecho de la resurrección.

Cuando los evangelios hablan de la presencia de las mujeres junto a Jesús están transmitiendo un hecho completamente excepcional. En los evangelios podemos apreciar la postura contracultural que impregna toda la relación de Jesús con las mujeres.

Acoger a las mujeres en el círculo de sus discípulos, contrariamente a todo uso rabínico, es un gesto de Jesús especialmente innovador.

Juan como Mateo, al presentar a María Magdalena, tiene en cuenta una doble dimensión como discípula: la histórica y la eclesial. La primera es irrepetible; surge de su condición de discípula del Jesús terreno. La segunda, la constituye en paradigma para los cristianos de las primeras comunidades y de todos los tiempos. María Magdalena es paradigma de un modo diverso a los once. En Juan adquiere un particular valor simbólico. Representa a la nueva comunidad que busca a Jesús y, además, en ella queda reflejado el itinerario de fe del discipulado, en tres etapas:

- Son insuficientes los signos para reconocer al Señor y para relacionarse con él.
- La respuesta a los interrogantes y la revelación del Señor llega por la relación personal.
- Existe la posibilidad de acceder a la fe y a la relación con Jesús también para aquellos discípulos que no llegaron a verle en su existencia histórica.

De las ocho listas con nombres de mujeres que aparecen en los relatos de pasión y resurrección en las cuatro narraciones evangélicas, María Magdalena aparece en primer lugar en siete de ellas. Sólo Juan invierte el orden al pie de la cruz.

La que aparecía como testigo de la enseñanza y de la vida de Jesús es presentada como testigo también de su muerte y de su resurrección. Son los tres requisitos previos para la dedicación al servicio de la Palabra o ministerio apostólico en el Nuevo Testamento.

María Magdalena es *testigo* de Jesús -de su vida y de su muerte- y testigo de su Resurrección. En primer lugar, ella pertenecía al grupo de mujeres que le acompañaban y le servían en su ministerio durante la vida terrena (Lc 8,1). El seguimiento para ella fue una adhesión de gratitud, después de haber sido curada, y un deseo de acoger el ministerio de Jesús que ella vivió como liberador.

Si el testimonio de una mujer no era válido en el judaísmo, lo fue plenamente en el interior del cristianismo. María Magdalena y sus compañeras sin lugar a dudas, gozaron de una gran autoridad en la comunidad cristiana primitiva.

El título de “*Apóstola*” será el que más tomaremos en cuenta para relacionar a María Magdalena con la Orden de Predicadores. Esta denominación explícitamente aplicada a María Magdalena o a cualquier otra mujer no aparece en los evangelios canónicos ni en el resto de los escritos del Nuevo Testamento. Sin embargo, con otros muchos autores, consideraremos la cualidad de *apóstola* de María Magdalena a partir de la función de predicadora que el Señor le encomendó y que de hecho debió ejercer en las primeras comunidades cristianas. Nos apoyaremos además en el reconocimiento como *Apóstola de los Apóstoles* que

posteriormente le ha sido otorgado por la tradición eclesial en algunos periodos de la historia.

La imagen de María Magdalena que nos llega por los relatos evangélicos nos conduce hacia una mujer que tuvo que haber sido muy cercana al Señor durante su vida terrena. Jesús la había aceptado en calidad de discípula junto a otros discípulos y discípulas.

María Magdalena es una discípula de primera hora que acompaña al Señor hasta el final. Es testigo privilegiado de su muerte y resurrección, y es “apóstola”, en cuanto ha sido enviada personalmente a comunicar “*lo que ha visto y oído*” en su encuentro con el Resucitado.

María Magdalena, como mujer, es modelo para la predicación. Los evangelios siempre la designan por su propio nombre, como mujer autónoma que decide sobre su vida. María Magdalena es un símbolo de la llamada de las mujeres a la predicación junto a los varones y un desafío para la Orden de Predicadores, varones y mujeres.

Es modelo como testigo fiel que buscó al Señor con todos sus medios y recibió gratuitamente la experiencia del encuentro con Él una vez resucitado. Es modelo como discípula y apóstola especial: acogió el envío y predicó la Resurrección. Ejerció con naturalidad el rol de evangelista comunicando a los discípulos la buena noticia que le había confiado el Señor.

La Orden Dominicana puede encontrar en María Magdalena la imagen de la búsqueda incansable del Señor. El lema que Santo Tomás de Aquino atribuyó a la Orden, *Contemplari et contemplata aliis tradere* (contemplar y transmitir a otros lo contemplado), se encuentra reflejado en María Magdalena. Ella es un símbolo de contemplación y de transmisión de la buena noticia, la primera de la lista de las mujeres que aparecen en la resurrección, representa también la certeza de que la predicación es un lugar teológico porque es el espacio de encuentro con el Señor: “*Ellas... corrieron a llevar la noticia a los discípulos. Jesús salió a su encuentro y las saludó... Entonces Jesús les dijo: «No temáis, id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán»*”. (Mt 28, 8 ss.)

María Magdalena pasó su vida intentando conocer a Jesús, Camino, Verdad y Vida, y no dejó de buscarle incluso después de muerto. Jesús se le manifestó y la envió.

La regla de la vida dominicana está llamada a la búsqueda de la Verdad en el estudio y la oración, desde la experiencia de la fraternidad. Se dice de Santo Tomás de Aquino que fue un “hombre de deseos”. La búsqueda de la Verdad es el eje de toda su vida. Su teología quiso ser una predicación de la Verdad buscada en el estudio y en la contemplación. El compromiso con la Verdad abarca toda la vida porque a la Verdad sólo se la encuentra en una relación existencial. No se puede abarcar plenamente porque la Verdad es Dios mismo. Hay un relato que cuenta cómo Jesús se le apareció en una ocasión a Sto. Tomás y le preguntó: “*¿Qué recompensa quieres por tu trabajo?*”. Tomás gritó sin dudar: “*Sólo a ti Señor*”.

La búsqueda y la predicación de la Verdad en la Orden Dominicana no tiene fronteras, ni en las formas de estudio y transmisión ni en los destinatarios del anuncio. A María Magdalena el mismo Jesús resucitado le reveló que se haría presente “a sus hermanos” en la predicación en Galilea. Con ello le indicaba que la predicación no tiene fronteras sino que está llamada a la universalidad. Ella misma representa a las mujeres que junto a los gentiles, formaban dos colectivos *excluidos* por el judaísmo a los que Jesús incluye en el anuncio del Reino, como lo subraya Mateo.

En María Magdalena se muestran las tres etapas a tener en cuenta en el itinerario de fe del discipulado:

- Los signos, por sí mismos, no fuerzan al reconocimiento del Señor; son insuficientes.
- La revelación del Señor se da en una relación personal.
- Existe posibilidad de acceder a la fe y a la relación con Jesús también para aquellos que no le conocieron en su existencia histórica.

El proyecto dominicano tiene sus propios medios para vivir estas etapas: un acercamiento a los “signos” por el discernimiento comunitario, inseparable del estudio y la contemplación; la liturgia y la contemplación formando parte integrante de la misma predicación; la predicación sin fronteras y, prioritariamente en lugares de fronteras, como lo han indicado con fuerza los últimos capítulos generales de la Orden.

María Magdalena representa la alegría de la predicación: “*Con temor y grande gozo corrieron a anunciarlo a sus discípulos*”, escribe Mateo. También el cuarto evangelio deja percibir el gozo de María en el encuentro y en el anuncio. El himno de Romano el Meloda nos evoca la alegría pascual que debió producir la experiencia del anuncio en aquellas mujeres miróforas.

La predicación dominicana también aparece tradicionalmente como experiencia de alegría. Se dice de Santo Domingo que era un hombre de alegre semblante y que la alegría impregnaba su vida en toda circunstancia. La alegría y la sencillez evangélica acompañan al anuncio si es “evangélico”.

Un breve apunte puede servir de botón de muestra de esta realidad, al mismo tiempo que nos traslada al hoy de la Orden Dominicana. El sermón sobre María Magdalena realizado por el dominico Pedro Meca en Pascua 2002, es un poema que se titula “*Si longue soit la nuit, elle finit toujours par une aurore*”, (Por muy larga que sea la noche siempre termina por una aurora). Predicador nocturno con los “sin techo” de París, encuentra reflejada su situación pastoral en la búsqueda del Señor que vivió María Magdalena.

La historia de la vinculación de la Orden de Predicadores a María Magdalena arranca de una serie de circunstancias diversas. Cuando Domingo fundó la Orden, la devoción a María Magdalena, en plena efervescencia en la alta Edad Media, ya se estaba extendiendo por Europa. Domingo de Guzmán obtuvo la aprobación oficial de la Orden por él fundada en diciembre de 1216. En Francia el culto a María Magdalena se intensificó en el s. XII hasta llegar a su culmen en el s. XIII. Por tanto, los comienzos de la Orden de Predicadores, en el sur de Francia, coinciden en el espacio y en el tiempo con un período de interés creciente por María Magdalena.

Es fácil entender que los primeros predicadores compartieran el sentimiento religioso de su época y conectaron con una devoción en pleno vigor en aquel momento. Según las fuentes históricas, los dominicos, por su apelación al arrepentimiento desempeñaron un papel importante en la difusión del culto a María Magdalena. Además, los dominicos fueron fundados para la *vida apostólica* y la *predicación de la Palabra*. María Magdalena había recibido el título de *apóstola de los apóstoles* que desde el comienzo la Iglesia le había reconocido. En los relatos evangélicos el mismo Jesús le había asignado la función del anuncio de su Resurrección a los apóstoles. Es comprensible que los predicadores dominicos mostraran predilección por aquella mujer que al anunciar la Resurrección se había convertido en la primera *predicadora de la buena noticia de la salvación*.

En cuanto a la relación explícita de la Orden con María Magdalena, no aparecen indicios claros de que hubiera una devoción especial a esta santa en el período inmediato a la fundación. Fue la Virgen María la gran protectora de la Orden de Predicadores. No encontramos huellas de la devoción a María Magdalena en las “fuentes” dominicanas, ni en Jordán de Sajonia ni en Gerardo de Frachet, ni en los demás escritos. Sin embargo la fiesta de M.M. consta como una de las fiestas significativas para la Orden desde los comienzos: La fiesta de María Magdalena del año 1220 así como la fiesta de la Asunción del mismo año se citan para asegurar que Domingo en ese momento se encontraba en Bolonia a pesar de su vida ajetreada por los viajes a Roma. También es nombrada la fiesta de María Magdalena como referencia importante, en una lista de fiestas del Señor, la Virgen María y los apóstoles Pedro y Pablo que figura en las *constituciones antiguas de la Orden*, escritas de la mano de Domingo.

¿Cuáles fueron las circunstancias que favorecieron la vinculación de la Orden Dominicana con esta santa?

Entre otras líneas de convergencia, existen unas circunstancias históricas en relación con el convento de S. Maximin, que hermanaron particularmente a los dominicos con María Magdalena. Desde 1295, bajo la demanda del Papa Gregorio VIII, los dominicos se hicieron cargo del santuario de S. Maximin y de la *Sainte Baume*. Han permanecido allí hasta 1791 y, después de un período de ausencia, volvieron a estar presentes entre 1859 y 1957. A partir de entonces permanece la presencia de la Orden en el lugar a través del monasterio de dominicas contemplativas.

Aunque el interés de los dominicos por María Magdalena comienza antes de finales del siglo XIII, de hecho, en 1295 comienza una historia que vinculará formalmente a la Orden de Predicadores con María Magdalena hasta el punto de que llegará a formar parte de la tradición dominicana a lo largo de la historia. La devoción a María Magdalena se irá extendiendo en la Orden. Aparecerá reflejada en la predicación y en la liturgia; pero además, dará origen a verdaderas obras de arte en la pintura y en la literatura.